

El Defensor del Obrero

La Iglesia quiere y pide que se aúnen los pensamientos y las fuerzas de todas las clases para poner remedio, el mejor que sea posible á las necesidades de los obreros, sobre todo con instituciones Católico-Sociales permanentes y Sindicatos. León XIII, Encíclica Rerum novarum y Pío X encicli, 11-VI-905, etc.

(Obras, no palabras)

«Todas nuestras Encíclicas responden á procurar el bienestar del pueblo y á que éste aprenda sus derechos y deberes y á dirigirse á sí mismo. León XIII al General de los franciscanos, Carta 25 Noviembre de 1898.

ÓRGANO QUINCENAL

de la Academia Católica de Cuestiones Sociales y de sus Sindicatos Obreros

PARA LOS OBREROS
SE REPARTE GRATUITAMENTE

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: P. MARIANO SANZ, 12
Horas: De 5 á 11 noche y de 10 mañana á 11 noche los días festivos

PARA LOS BIENHECHORES
100 ejemplares, 1'50 ptas.

Los redactores de "El Defensor del Obrero" bien apesarse suyo y lamentándolo en sumo grado, se ven obligados á retirarse, no sin dar antes las más expresivas gracias á cuantos les han hecho el honor de contribuir á esta publicación.

Á todos los suscriptores y lectores, les desean feliz año nuevo.

Desequilibrios

Tristeza da el confesarlo; pero ya que es una realidad debemos decirlo para que cada uno ponga de su parte el mayor remedio posible.

El mundo está desequilibrado. Las naciones se encuentran en perfecta zozobra; los gobiernos no atienden á remediar el malestar del pueblo y mejorar su condición moral y material; los partidos políticos no buscan sino su medro y la manera de sustituir al que disfruta del poder; los municipios, al unísono de los caciques políticos, para nada se ocupan de las necesidades de los ciudadanos que representan y cuya custodia les ha sido encargada; la familia y el individuo en particular, olvidados del fin para que fueron criados, solo atienden á sus goces y diversiones; la industria y el comercio, quízás por el abandono de los de arriba, se entregan al más egoísta pujilato; las grandes colectividades son presas del más refinado individualismo; hasta los que pasan por buenos, los que predicán ante todo la paz y la mansedumbre, muchas veces se exaltan, se pelean, se destrozan, sin que haya reflexión, justicia ni razón que les haga reconocer su error, antes al contrario, como locos y sin freno alguno, unas veces porque no se procura aplicarlos y otras porque no se atiende, atropellan todo derecho y equidad y en brazos de la pasión más despótica y á título de

extemporáneas invocaciones, se cometen las mayores injusticias.

La sociedad por ese derrotero se precipita en el caos, en el abismo insondable de la ciega temeridad y presa del más brutal egoísmo y tiranía, cae en brazos del salvajismo y de la barbarie.

¿Y no habrá dique para esta gigantesca oleada de corrupción y fanatismo?

Sí, lo hay. Cristo, Rey de los siglos y Señor de todas las cosas y de todos los hombres, es el restaurador de esta sociedad corrompida, y si permite estas injusticias sociales, es sin duda para castigo de la humanidad y para sacar de ahí grandes bienes. Así se ha visto siempre en la historia de los pueblos.

El año que ha terminado no puede presentar más negruras para el porvenir. Dios quiera mejorar en el presente la lucha mundial que sostenemos, y especialmente en nuestra amada España y sobre todo en nuestra querida Cartagena, conceda buenas cabezas directoras, que sepan guiarnos por el camino de paz, razón y justicia.

M. T. Rfo

Palabras de un Apóstol

Lo que debe hacer la mujer
con el periódico malo

Ciérrele la puerta del hogar como al mayor enemigo de él: donde entra esa serpiente se acaba el Paraíso. Los folletines obscenos que inserta, los escándalos que refiere, sus más ó menos veladas é indirectas excitaciones al adulterio, las alabanzas ó defensas de la poligamia y del divorcio, el ambiente de libertinage y desenfreno moral que en sus páginas se respira y las doctrinas disolventes acerca del orden social político, todo contribuye á que haga de un esposo honrado un hombre abominable, ó le quita á lo menos el amor á la familia y la afición á estar en su casa para lanzarlo á una vida de disipación.

EL OBISPO DE JACA

El propagandista

El buen propagandista es ante todo un sincero. Debe, siente hondamente lo que dice, porque sabe que lo que se transmite en las propagandas es menos luz de ideas que emoción fecundadora de los actos humanos. Esa emoción es calor y el propagandista no lo podrá irradiar si no lleva el horno dentro.

Ha de dar á las almas pedazos de su alma, y cuanto mayor ingenuidad vean en su palabra, tanto más irresistiblemente se sentirán atraídos y emocionados por ella.

El propagandista ha de tener una convicción profunda y una fe ciega en la verdad y en la bondad de lo que propaga. Ni el talento, ni la elocuencia, ni la cultura pueden compensar la ausencia de esa convicción y esa fe.

La cultura, la elocuencia y el talento, por sí solos, pueden deleitar y excitar admiraciones, pueden satisfacer grandes vanidades, y hasta ganar para una causa simpatías superficiales, que siempre son efímeras. Pero la convicción y la fe valen más, tienen una misteriosa fuerza de transmisión que todavía es un secreto para los psicólogos. Ante un hombre de convicciones firmes y de fe robusta, se siente uno inferior y sobrecogido. Más allá de su palabra, que puede ser torpe y opaca, se adivina ó se vislumbra el misterio de una gran fuerza. Esa fuerza que se adivina es un resplandor del ideal, y tal vez el secreto de su poder sugestionante y emotivo.

Yo he oído á Cánovas del Castillo decir en el Parlamento cosas muy oscuras y cosas muy discutibles. El acento de convicción y de seguridad con que las decía, desconcertaba á sus contrarios. Estos pensaban:—Cuando ese hombre lo dice en tono tan rotundo, ¿qué arsenal de razonamientos no se tendrá guardados? Y se callaban vencidos. En la polémica esto es peligroso, pero en la propaganda donde no hay contradicción, es de un efecto persuasivo, incalculable.

Un pobre fontanero predicaba en un mitin el advenimiento irremediable y fatal del socialismo. Hablaba con fe tan admirable y sentida que en los semblantes de los obreros oyentes se veía aparecer un sentimiento supersticioso por aquel socialismo que se les presentaba como la voz del Destino, como una fuerza ciega de la Naturale-

za á la que era inútil resistir. Transmitiendo la fe que él sentía en la bondad é irremediabilidad del socialismo, hacía más prosélitos que con los argumentos más sutiles y los períodos más flameantes y rotundos.

El buen propagandista no utiliza nunca la mentira ni la exageración, que también es mentira. La mentira no es honrada, y, por consiguiente, no es cristiana. No es tampoco eficaz, porque las gentes, aun las más sencillas y crédulas tienen otras fuentes de información que nuestras palabras, y un error desacredita á un maestro, pero una mentira desacredita á un hombre. El descrédito del propagandista lo inutiliza para la propaganda.

La gran debilidad de los católicos no es su desunión, no es el amplio cauce que las leyes y las costumbres abren á las más locas propagandas y á las prácticas más bárbaras, no; está en que va por un lado su fe y por otro su vida; en que no practicamos lo que creemos, ó en que con frecuencia resbala nuestra fe sobre la superficie del Evangelio.

—Si los católicos practicaran su doctrina no habría lucha social ni socialismo posible—doña Guesde. Yo creo que esto es una elementalísima verdad.

«La opinión general acepta á los incrédulos como son y á los creyentes sólo como deben ser. Estima nuestra fe por la estimación que le merecen nuestros actos. Si los que declaran inútil la Religión y los que la declaran necesaria hacen la misma vida y tienen las mismas imperfecciones, el pueblo considerará vana una creencia que no hace mejor al hombre. Cuando los católicos le dicen que crea, lo primero que se pregunta es si «son como los otros» (1). Si sobre él queremos ejercer alguna acción, es preciso que seamos «distintos de los otros.»

El joven propagandista no olvida esto, y no olvida tampoco que sin esa armonía entre sus palabras y sus obras, su propaganda no sólo será estéril, sino perjudicial. Comprende también que la gran necesidad de hoy, la que demanda una cruzada vehemente, es restablecer esa armonía rota entre nuestra fe y nuestra vida. Sólo entonces venceremos.

El buen propagandista tiene un

(1) E. Lamy. CATHOLIQUES ET SOCIALISTES. pág. 58.